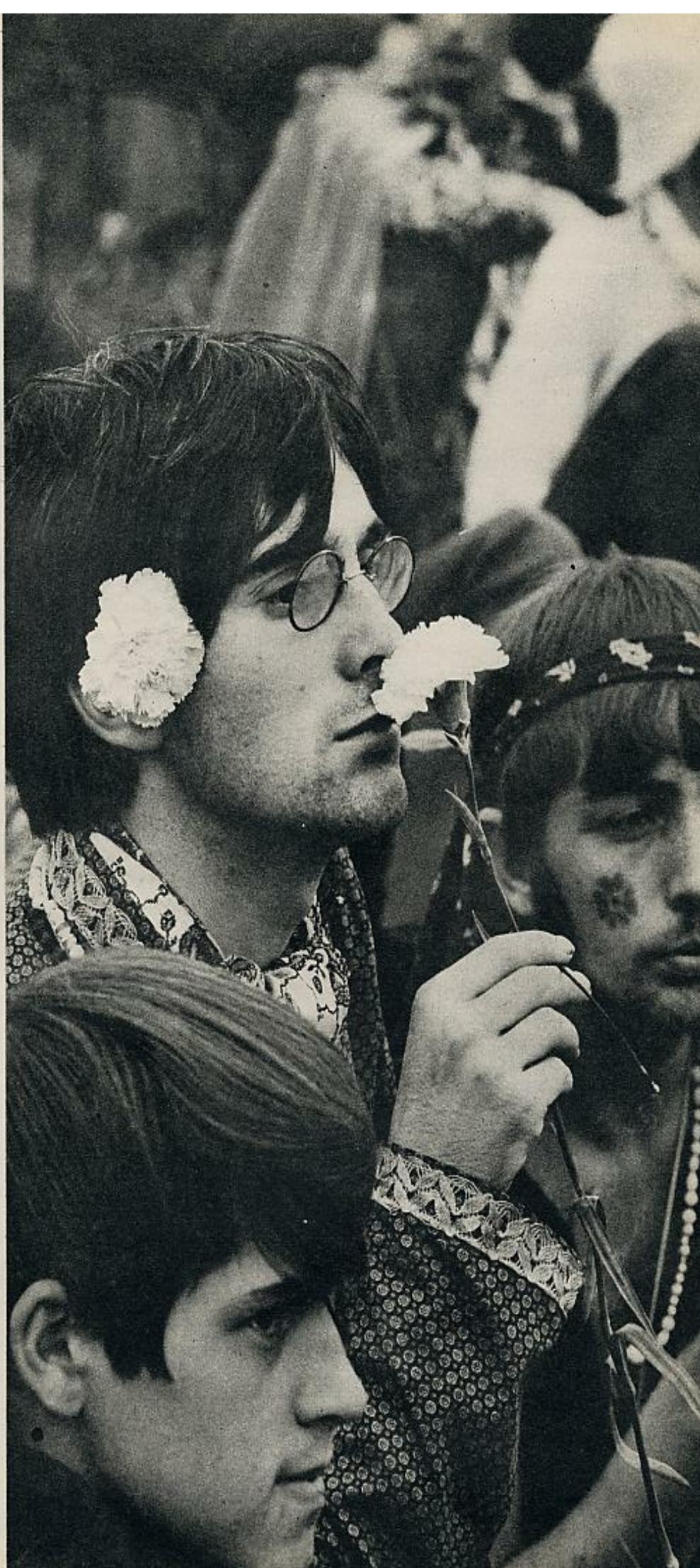
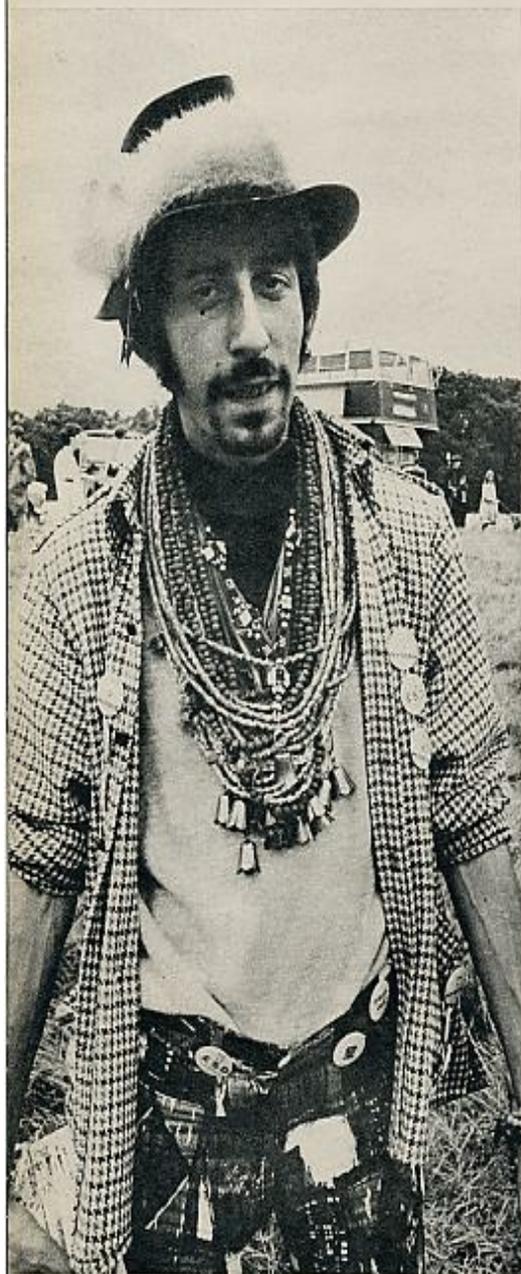


CINCUENTA MIL HIPPIES EN LA ABADIA DE WOBURN

CINCUENTA mil hippies se han concentrado en la Abadía de Woburn para celebrar el Festival de los Chicos de la Flor del duque de Bedford. Estos discípulos del amor y de la paz, extravagantemente vestidos, han realizado la peregrinación más pintoresca que jamás cruzó las carreteras de Inglaterra, Escocia y Gales. Algunos habían alquilado vestuario de teatro, otros se habían echado encima pieles, cintas de cortinas andrajosas, manteles agujereados por el centro a guisa de ponchos o mantones españoles. El vestuario recorría toda la gama in-



LOS CHICOS DE LA FLOR

ternacional de vestidos, desde el sari al atuendo del piel roja, aunque predominaba lógicamente la influencia oriental y, sobre todo, los estilos chinos e indios. Ahora bien, todos los peregrinos tenían tres cosas en común: campanillas, rosarios de semillas y flores. Campanillas para la felicidad, rosarios para la meditación y flores para la paz y la amistad. Toda una mística que ya se ha descrito en estas páginas (TRIUNFO).

Muchos de los "chicos de la flor" hicieron auto-stop. Otros llegaron conduciendo coches antiguos, pintarrañados con brillantes colores y con slogans tales como «free love» (amor libre) y «we want love: P. S. and sex» (queremos amor: P. S. y sexo). Algunos conducían coches alquilados y autobuses de dos pisos que iban cargándose al paso por ciudades y caminos con hippies peregrinos.

Durante el viaje fueron irrobándose las amistades y fue creándose el clima del que terminaría por ser el mayor "Love In" de la his-

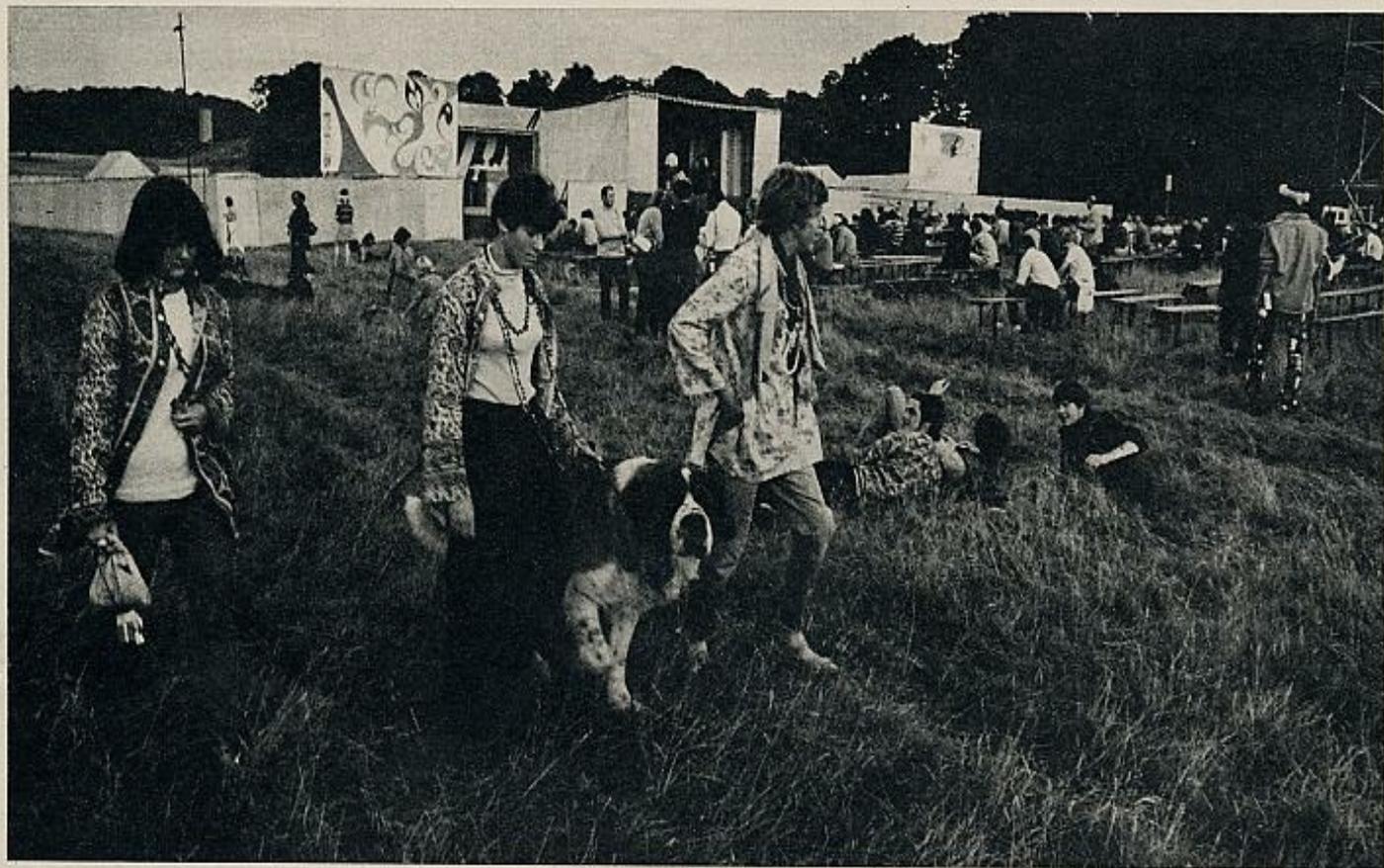
toria. En el escenario enmarcado por las lindes del hermoso parque de la Abadía de Woburn, se inauguraron los ritos del festival. En las praderas, los campos de césped se levantaban tiendas de campaña, tenderetes, puestos de perritos calientes y helados. La romería de una nueva religión.

Los tintineos de miles de campanillas y el fuerte olor de las pajuelas perfumadas encendidas (como las que queman los chinos ante sus ídolos), acompañaban el sonido de los grupos musicales. Un enorme y multicolor globo de aire caliente se alzó lentamente por encima de las copas de los árboles y durante un buen rato se mantuvo graciosamente en el aire. El especialista en globos Don Piccard, americano, nieto del famoso especialista profesor Auguste Piccard, y su hija de doce años de edad, arrojaron sobre la multitud claveles rojos. Alborozados, los hippies recogían las flores para ponerlas en la ropa y en el pelo.

SIGUE



LOS CHICOS DE LA FLOR



Sobre los tablados aparecieron grupos "pop"; algunos de los chicos de la flor comenzaron a bailar y, al ritmo de la música beat, sus movimientos llegaron a hacerse salvajes. Otros, reposaban sobre la hierba en pequeños círculos, charlando, intercambiándose flores, pintándose los unos a los otros con diseños de flores o abrazándose apasionadamente. Sin ningún respeto humano.

Además de los hippies, que dedican sus vidas a proclamar la paz, a imaginar hermosos pensamientos y a "viajar", estaban los chicos de la flor del fin de semana: ingenieros de telecomunicaciones, peluqueros, dependientes, mecánicos, funcionarios de banca, empleados de cervecería, caldereros, dependientes y oficinistas... Son todos los devotos de la nueva religión que dicen sentir profundamente. Los "chicos de la flor" se han fabricado una religión que asimila y resume todas las enseñanzas de las religiones orientales y cristianas.

Un grupo de jóvenes de Oxford observó: "Hemos venido para ver

qué era esto del amor libre". Un chico de Swansea declaró: "Hay que hacerse a la idea de que todo lo que quiere nuestra generación es sexo". Pero un «chico de la flor» se indignó: "Me han enseñado desde niño a tener respeto de las chicas".

La libertad sexual de los "chicos de la flor" no está en contradicción total con la institución del matrimonio. El "matrimonio hippie", con lecturas del Corán, es aceptado como un matrimonio genuino por ellos.

El movimiento hippie, importado de América, invade actualmente Inglaterra. Algunos de sus seguidores tienen que luchar contra el ambiente hostil de las provincias; el ridículo es ya mínimo en las grandes ciudades donde las comunidades de "chicos de la flor" son bastante florecientes. Una chica de Birmingham que llevaba lentejuelas y claveles en el pelo y cuyas mejillas estaban pintarrajeadas con dibujos de flores, explicó que había tenido que trasladarse a

Londres, a los alrededores de Hyde Park, porque el movimiento no tenía apenas posibilidades en su ciudad nativa. Su novio, otro hippy de fin de semana, la había explicado: «Si te decides a seguir el código de los "chicos de la flor" encontrarás realmente la paz interior».

La tranquilidad del festival fue interrumpida en ocasiones por pequeños fuegos, extinguidos rápidamente, y una falsa bomba que forzó al duque y a la duquesa, a sus invitados y a dos mil visitantes, a abandonar la casa. Treinta policías tuvieron que registrarla detenidamente.

Los organizadores del festival habían tomado todo tipo de precauciones. Trescientos hombres, entre los que se encontraban agentes con perros alsacianos, doce expertos en karate, policía secreta y patrullas móviles, montaban guardia. Se les había ordenado observar detenidamente a las masas, para descubrir cualquier "cabeza

ácida" (los que toman drogas) o a cualquier otra persona que pudiese crear problemas.

Los establecimientos públicos estaban en contra de la reunión y algunos de ellos no servían nada a las personas que llevaban flores en el pelo. Aunque la sidra y el champán circularon con profusión entre la multitud, en todo el territorio de la abadía se había prohibido el alcohol y también las drogas. Para cubrir los gastos de los quince conjuntos musicales, de los cantantes y de los happenings de fuegos artificiales, cada uno de los "chicos de la flor" tuvo que pagar treinta chelines por el fin de semana completo o una libra diaria cuando la estancia era más corta. La mayoría trajeron sacos de dormir y algunos incluso tiendas de campaña, pero hubo muchos que no tuvieron más remedio que pasar la noche sin nada.

El duque, que cobró el diez por ciento de los beneficios, dijo: «Espero que vuelvan otra vez. Todos parecen encantadores».

Fotos: ZARDOYA

